

NO ESTÁ MAL, LO QUE ESTANDO MAL, PUEDE ESTAR PEOR

■ J. R. M. Ávila*

Me lo advirtieron, pero no les creí. “Ya está cerca”, aseguraron y sólo sonreí a medias, no sé si con un dejo de burla, porque los otros se pusieron serios. “No es broma para que se ría, mucho menos para que se burle de nosotros, que le avisamos por su propio bien”, dijo uno. “No venga luego a disculparse y hasta a pedir que le ayudemos o lo defendamos”, completó el otro. No dijeron más. Nada agregué.

Con el tiempo me vi obligado a darles la razón. Una tarde, al llegar a la colonia en que vivo, me encontré con la novedad de que unos vecinos (no supieron decirme cuáles, tal vez hayan sido los que me advirtieron antes de que todo empezara), habían decidido contratar una compañía para que vigilara y no dejara entrar a cualquiera, por temor a la violencia desatada en este lugar y en los alrededores.

Preferí no dar mi opinión para no discutir. Viendo que los demás vecinos pagaban sin chistar y que nadie protestaba por la medida que otros habían decidido sin nuestro consentimiento, terminé pagando la cuota que me pedían. A cambio me proporcionaron una tarjeta que activaba las barreras instaladas en los accesos de la colonia para entrar o salir de ella en auto. Llegué a la casa molesto hasta conmigo mismo.

“Se lo advertimos”, dijo el primero de mis vecinos cuando notó mi contrariedad. “¿Y sirvió de algo?”, lo atajé malhumorado, olvidando toda cortesía. “No, pero se hubiera ahorrado el disgusto haciéndose a la idea de que llegaría”, dijo el segundo. “No puede ser que nadie se oponga a esto que, a todas luces, nada bien está”, dije como hablando sólo para mí.

“Claro que no está bien: no está bien lo que

estando bien puede estar mejor”, sentenció el primero. “No sólo no está bien. De hecho, está muy mal”, casi les grité. “No está mal lo que estando mal puede estar peor”, quiso dorar la píldora el segundo. “¿Peor?, ¿pero es que esto puede estar peor?”, dije de pésimo humor y, ante su sonrisa de asentimiento y casi burla, me retiré sin despedirme.

Pasaron los meses, me fui acostumbrando a pagar la cuota, a activar las barreras con la tarjeta que me acreditaba como vecino cumplido y civilizado (tal vez sería mejor decir domesticado); en fin, aquella irregularidad, aquel abuso, aquella arbitrariedad, todo junto, se convirtió en algo de lo más cotidiano, de lo más normal: lo acepté como si siempre hubiera estado estipulado en el contrato de compraventa.

La situación parecía ir bien dentro de esos términos hasta que una tarde, al llegar cansado a la casa, descubrí que ninguna de las cuatro llaves embonaba en las cerraduras que instalé desde que me despojaron de casi todas mis pertenencias, recién cambiado a la colonia. Por más que lo intenté, no hubo llave que encontrara acomodo en cerradura alguna. Sudando, maldiciendo, escuché pasos a mi espalda.

“Se lo advertimos”, vinieron a decir los otros. “Ahora tiene que pagar para que le den llaves nuevas. Las oficinas de resguardo están apostadas en una casa de aquí a la vuelta, donde antes vivía don Antulio, que se negó a pagar y tuvo que desalojar la casa que tanto le costó. Usted no querrá quedarse sin casa, ¿verdad?”, agregaron tratando de no soltar una risotada que tanto les costaba contener.

“Dicen que fue a denunciarlos con todas las autoridades y ninguna le ha podido resolver, porque les tienen miedo a los controladores o que, por debajo del agua, son ellas las que han promovido la ocupación de la colonia. Dizque por haber votado en contra de ellas en las pasadas elecciones”, siguieron diciéndolo. “Por cierto, ¿usted por quién votó, vecino?”. No contesté. Sólo los miré con disgusto.

*Autor de los libros “Ave Fénix”, “La guerra perdida” y “Relámpagos que fueron”. Ha publicado en las revistas “Entorno”, “Política del Noreste”, “A lápiz” de la UPN, Unidad 19 B de Guadalupe, N. L. “Entorno Universitario”, “Polifonías”, “Reforma Siglo XXI”, de las Preparatorias, 16, 3 y 9 de la UANL, respectivamente, y “Conciencia Libre”. E-mail: jrmavila@yahoo.com.mx

“No se moleste, vecino, piense que pudo ser peor, por ejemplo, que usted hubiera estado adentro de la casa, bañándose tal vez, y lo dejaran encerrado al cambiar las cerraduras”, quiso amortiguar la situación uno de ellos, sin conseguirlo. “¿Ya ha sucedido eso con otros vecinos?”, quise ponerlos en evidencia. “No, pero podría haberle pasado a usted”, respondió sin interés el otro.

“En lugar de molestarse con nosotros, se debería disculpar”, dijo uno. “O pedirnos ayuda”, dijo el otro. Los dejé con la palabra en la boca, porque tenía que recuperar mi casa y ellos no iban a resolverme el problema. La verdad, ya no sabía qué pensar, así que, sin decir más, me dirigí a la casa o ex casa de don Antulio, convertida ahora en flamantes oficinas.

“Las cerraduras de mi casa están bloqueadas”, le dije a un hombre moreno, mal encachado, con un diente podrido en la sonrisa burlona. Me pidió datos y protesté. “¿Para qué quiere mis datos? Yo vivo aquí.

Se lo puedo comprobar”, dije sacando de mi camisa el recibo de luz que acababa de pagar y en el que aparecían mis datos.

Anotó mi nombre, claro, pero pidió más datos, pidió mi tarjeta de votar para ver si era yo quien decía ser en el recibo, para saber si en verdad vivía en la colonia. Se justificó diciendo: “¿Cómo sabemos si usted vive aquí o no? ¿Qué tal si usted es otro que quiere adueñarse de esa casa y no el verdadero dueño?”, y me dejó sintiéndome confundido, además de acusado.

“Usted es quien no vive aquí. Si viviera en esta colonia, me conocería, y yo lo conocería a usted. Soy yo quien debe pedirle sus datos de identificación y, sobre todo, que me explique bien lo que sucede. No soy yo quien quiere adueñarse de mi casa, son ustedes los que se han adueñado de casas que no son suyas. Puedo acusarlos de allanamiento de morada, de posesionarios”, dije, y casi terminé sin respiración.



Se me quedó viendo en silencio, impasible, como tomándose su tiempo para echarme encima una andanada de palabras. “Yo nada más hago mi trabajo”, fue todo lo que dijo. “¿Impedirme el paso a mi casa es su trabajo? ¿Cambiar las cerraduras de mi casa es su trabajo? No son más que unos viles secuestradores de casas. Eso es lo que son ustedes”, dije sosteniéndole la mirada.

“Entienda bien: son los vecinos quienes nos contrataron porque en los últimos tiempos han robado mucho en la colonia”, intentó calmarme. “¿Y la cuota que pagamos para que vigilen la colonia, para que nos dejen entrar y salir? ¿Ya no completan con ese robo? ¿Habrán quiénes roben más de lo que pretenden robarnos ustedes, primero adueñándose de los accesos a la colonia y ahora de las cerraduras de nuestras casas?”, me exalté más y más.

“Nosotros lo que pedimos es una cuota mensual para proteger a los vecinos y a sus propiedades”, dijo con una serenidad exasperante. “¿Proteger a los vecinos y a sus propiedades de quién, de ustedes?”, casi me le echo encima. “Le voy a explicar cómo funciona esto: usted paga la cuota, le damos una tarjeta para que pueda entrar a su casa y salir de ella. Nosotros nos comprometamos a vigilarla y protegerla”, dijo.

“¿Y cómo sé que no son ustedes los que roban antes de llegar a esto? ¿Cómo puedo estar seguro de que antes de cambiar las cerraduras no desaparecieron mis pertenencias de la casa?”, no podía ocultar mi ofuscación. “¿Qué le pasa a este señor?”, dijo una voz conocida y al oírla perdí toda esperanza.

Se trataba de uno de los vecinos que en los primeros tiempos formó parte de la Junta de Mejoras de la colonia y que terminó renunciado porque descubrieron que se quedaba con dinero que no le pertenecía. Nunca lo acusaron ante las autoridades. Siguió limpio y ahora iba de uniforme como los demás resguardos.

“Soy el Jefe de Supervisión de Resguardo en la colonia. ¿Tiene usted algún problema?”, dijo estirado como militar. Yo fui directo: “Sí, tengo un único problema: ustedes”. Juanjo, que así llamaban al tipo, dejó de hablarme de usted: “Si quieres recuperar tu casa, tienes que pagar”. Sin convicción, dije: “Es un robo. Ya verán cuando se les caiga el negocio”.

Juanjo sonrió. El diente podrido resaltó en la burlona sonrisa del otro. Tuve que pagar.

Ahora, cada que veo a mis dos vecinos, temo que se acerquen y me adviertan de una amenaza más por venir. No quisiera pensar que terminen por cobrarnos la entrada y la salida del municipio, del estado, el aire que respiramos, la vida misma. Pero lo pienso y lo mantengo así, en secreto y en silencio porque, como dijo uno de mis vecinos: “No está mal, lo que estando mal, puede estar peor”.

Por eso sigo pagando la cuota, como todos los demás. Total: ¿ya qué?



San Diego